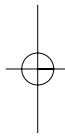
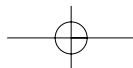
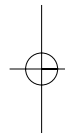


Recuerdos

CAPÍTULO PRIMERO



Tu madre nació en 1879, y supongo que transcurrieron seis años antes de que me enterase de que era mi hermana, por lo que nada puedo decir de dichos años.¹ El mejor testimonio de su aspecto es una fotografía, y, también en este caso, la cara revela mucho del personaje. Ves la suave, soñadora y casi melancólica expresión de los ojos, y no sería exagerado añadir que en ellos había también una especie de actitud inquisitiva y rechazo, como si ya entonces considerara lo que estuviera mirando, y no siempre encontrase en ello lo que necesitaba. Pero sería pura fantasía imaginar que, a su edad, eso no fuera necesariamente inconsciente. Por lo demás, una madre que le mirara la cara habría sentido que el corazón le daba un vuelco, al ver lo que prometía su hija, pues iba a ser de gran belleza. Y, en este caso, la madre habría sentido asimismo en su interior una tierna alegría luminosa y risueña, pues la hija ya dejaba presagiar que sería honesta y afectuosa. Según me han dicho, ya era capaz de cuidar a las tres criaturitas menores que ella, enseñaba las letras a Thoby y le daba de comer. Puedo imaginar que daba gran importancia a la manera en que Thoby se sentaba en la si-



llita, y que encomendaba a la niñera que lo sujetara bien antes de dejarle comer la sopa. Su madre habría sonreído en silencio al verlo.

Nuestra vida estaba ordenada con gran sencillez y regularidad. Parecía dividirse en dos grandes espacios, no atestados de acontecimientos, pero, en cierta manera, más exquisitamente naturales que lo que siguió. Nuestros deberes eran muy claros, y nuestros placeres absolutamente correctos. La tierra nos daba cuantas satisfacciones pedíamos. Un espacio transcurría en casa, en la sala de estar y en el cuarto de los niños, y el otro en los jardines de Kensington. De vez en cuando había pequeñas guerras, y Nessa y Thoby luchaban con nosotros, y otras veces eran amigos nuestros. También recuerdo la gran extensión y misterio de la tierra oscura debajo de la mesa del cuarto de los niños, donde parecía que se desarrollara sin cesar una romántica historia, a pesar de que el tiempo que pasábamos allí era realmente breve. Ahí conocí a tu madre, en una penumbra felizmente rodeada de luz de fuego y poblada de piernas y faldas. Navegamos juntas como buques en un inmenso océano, y me preguntó si los gatos negros tenían cola. Y yo le contesté que no tenían, después de una pausa durante la cual su pregunta pareció caer, despertando ecos, por vastos abismos, hasta entonces silenciosos. Me parece que hubo cierta conciencia, entre nosotras dos, de que en el futuro nos aguardaban posibilidades. Pero a pesar de que, en ocasiones, éramos víctimas de tormentosas pasiones, cuando las simpatías parecían despertar más allá del alcance de las circunstancias, nuestra mayor satisfacción surgía de las cosas impersonales. Había olores y flores, hojas muertas y castañas, gracias a

lo cual se distinguían las estaciones, y cada una de nosotras tenía innumerables asociaciones y poder para inundar el cerebro en un segundo. Había largas veladas de verano, con blancas mariposas fuera; y luminosas veladas de invierno, durante las cuales se podía dar forma a la leña cortándola. «Los otros» no eran hermanos y hermana,² sino seres en posesión de cuchillos, o de envidiables dotes para correr y cortar, y tu madre, debido en parte a que no mantenía estas opiniones de forma tan rotunda como nosotros, fue la primera que enturbió mi felicidad. Incluso entonces, ya bullía en el interior de tu madre otra influencia, la influencia de un afecto que solo la gente podía corresponder. No había hoyo en el jardín, por hondo que fuera, del que se pudiera extraer arcilla o materia maleable que diera a tu madre lo que necesitaba. Las muñecas no la satisfacían. En aquellos tiempos, y hasta que cumplió quince años, era en su fuero externo seria y austera, la más digna de confianza y siempre la mayor; a veces se quejaba de sus «responsabilidades». Los otros niños tenían sus etapas de crecimiento, y sorprendentes dotes e incapacidades, pero ella parecía avanzar constantemente, como si tuviera la vista fija en un objeto lejano, para revelarse cuando lo alcanzara. Era muy silenciosa, y los únicos gustos peculiares que se sentía estimulada a manifestar eran aquellos que la gente rehúye; lloró cuando Thoby fue a la escuela y le afectó mucho más que a los demás que tu abuela declarara, no sin pasión y humor, que jamás volvería a tener confianza en ninguno de nosotros; ¿acaso no habíamos ido a la caza de un gato muerto, desobedeciendo sus órdenes? Pero bajo la superficie de seriedad, solo legítimamente quebrada por tales gustos, ardía otra pasión,

la pasión por el arte. Dibujaba, efectivamente, bajo la dirección de un tal señor Cook, pero nunca habló de arte, ni de sus dotes y amores. ¿En qué pensaba, pues? Con sus largos dedos agrupados y la vista penetrante, seguramente pintó muchos cuadros, sin lienzo. Una vez la vi trazar sobre una puerta negra un gran amasijo de líneas con tiza blanca. «Cuando sea una famosa pintora...», empezó a decir, y luego le entró la timidez y borró lo dibujado, con la eficacia habitual en ella. Y cuando ganó el premio, en la escuela de dibujo, apenas supo, tan tímida era en lo tocante al reconocimiento de un secreto, cómo decírmelo, para que yo repitiera la noticia en casa. «Me han dado una cosa... No sé por qué...» «¿Qué cosa?» «Bueno, dicen que la he ganado, la cosa esa... el libro... el premio, ya sabes.» Era torpe y tímida como una yegua joven de largas patas.

Cuando intento verla percibo con más claridad que nuestras vidas son parte de una forma, y que para juzgar en verdad a alguien hay que considerar que este lado está encogido, y el otro está mellado, y el tercero estirado, y que nadie está realmente aislado, por eso entiendo que, en aquel entonces, había muchas razones por las que tu madre se mostraba un poco diferente de lo que era. Vivíamos en un estado de crecimiento angustiado; escuelas, notas, profesiones que elegir, matrimonio para los mayores, libros que salían a la luz, facturas, salud... El futuro estaba siempre demasiado cerca y era un interrogante demasiado grande, por lo que no permitía la expresión serena de la propia manera de ser. Además, todas estas actividades cargaban el aire de emociones personales y obligaban incluso a los niños, y desde luego más todavía a «la mayor», a desarrollar prematuramente

una faceta. Ayudar, hacer algo, era lo deseable, y no manifestar tímidos deseos, irrelevantes y probablemente caros.

Por esto tu madre, cuya visión en otros aspectos parecía tan clara, se impuso a sí misma ser eso que la gente llama una «persona práctica», a pesar de que su generoso talento para perder paraguas y olvidar recados revelaba que la naturaleza a veces se complacía en reírse de semejante propósito. Pero la facultad que no fingía y que probablemente reconocían quienes confiaban en ella era lo que, de diversas maneras, denominaré sagacidad, y sentido común y, quizá con más justeza, honestidad mental. Quizá no lo viera todo, pero nunca veía lo que no estaba. Las anécdotas, por poco profundas que puedan parecer, y no tengo la seguridad de que para otros revelen lo mismo que para mí, flotan sobre la superficie y deberán ilustrar este fugaz relato. Una noche de agosto, mucho más tarde, cuando tu abuela había muerto ya,³ salimos a pasear por el jardín, en Ringwood. Tu abuelo se quedó solo, sentado, dentro de la casa, y en cualquier instante podía llamarnos para que jugáramos con él al whist, como de costumbre; y la luz y los naipes y las voces altas nos parecían aquella noche algo muy burdo, casi intolerable. Paseamos en la oscuridad y, cuando oímos que tu abuelo se acercaba a la ventana y nos llamaba, guardamos silencio. Entonces él salió, y miró alrededor, y nos llamó por nuestro nombre a cada uno. Pero nosotros persistimos, y al fin volvió a entrar y nos dejó pasear en paz. Pero, como quizá sabíamos desde el principio, semejantes goces no se conceden a los mortales; paseamos sin rumbo y sin placer y por fin entramos y le encontramos con un aspecto impresionante, consciente pero de verdad impresionante, viejo,

solitario, abandonado. Dijo: «¿Es que no habéis oído que os llamaba?» y yo guardé silencio, y Adrian también; tu madre dudó y luego dijo «Sí».

Pero esto arroja una luz trágica sobre la manera de ser de Vanessa; revelando su más violenta tensión. Antes solíamos tomarla como una faceta suya que nos hacía reír: «la honradez de nuestra querida Nessa», «nuestra Nessa es tan realista», o bien «lo hace con buena intención». Y así era debido a que, a veces, se agarraba con demasiada tenacidad a la verdad, de una manera excesivamente simplista; y nosotros, con frivolidad y a veces con insolencia, la hostigábamos dándole títulos horribles como «Santa», y otros por el estilo, ya que los niños en cuanto pueden utilizar el ingenio lo esgrimen con crueldad. Pero había días de pura diversión, cuando pienso en ellos los sitúo principalmente en St. Ives,⁴ donde tu madre iba al trote de un lado para otro, ocupándose de los más diversos asuntos, estudiando con mucha gravedad el carácter y los deseos de los perros, ideando redes para atrapar mariposas, bajo la dirección de tu tío Waller,⁵ y aceptando su palabra como ley divina, pintando a la acuarela, y dibujando buen número de negros cuadraditos, siguiendo los consejos de Ruskin.⁶ Por estas mismas razones jugaba mejor al críquet, con su golpe directo al frente, calculado de modo que pudiera responder a todas las emergencias, y gracias a tal fidelidad y externa sencillez, comenzó a ganarse el respeto de aquellos tiranos y semidioses que gobernaban nuestro mundo: George, Waller y Madge Symonds.⁷ Era un ser feliz que empezaba a sentir en su interior la primavera de insospechados dones, que el mar era hermoso y que podía pintarse algún día, y quizá una o

dos veces se miró fijamente en el espejo, hallándose sola, y vio un rostro que la excitó de extraña manera; su ser comenzó a tomar una forma definida, un lugar en el mundo —¿cómo era? Pero su natural desarrollo, en el que las dotes artísticas, tan sensibles y tan vigorosas al mismo tiempo, se habrían impuesto, fue coartado; el efecto de la muerte entre quienes viven es siempre extraño, y a menudo terrible por el daño que causa a los deseos inocentes.

En este sentido, la muerte de tu abuela fue terrible, ya que debes tener en cuenta que no solo era la mujer más hermosa que quepa imaginar, como comprobarás en sus retratos, sino también una de las mujeres más destacadas. Su vida había transcurrido tan deprisa, y sería tan corta, que las experiencias que en la mayoría de las mujeres tienen espacio en el que dilatarse y dar fruto a su debido tiempo quedaron comprimidas en ella. Se había casado, había tenido hijos, y había llorado la muerte de su esposo cuando contaba veinticuatro años. Durante ocho años reflexionó sobre esa época activa, y, a mi parecer, formuló entonces en gran parte el juicio de la vida que sería la base de su futuro. Había sido feliz como pocas personas lo son, pues pasó, como una princesa de leyenda, desde su juventud de suprema hermosura al matrimonio y a la maternidad, sin despertar. Si no me equivoco, incluso el ambiente de su hogar estimulaba estos sueños, y proyectaba sobre la figura del novio todos los dorados encantos del sentir a lo Tennyson. Pero sería necesaria una visión más clara que la mía para determinar hasta qué punto su marido, pese a que se le considera claramente inferior a ella en todos los aspectos, pudo a la sazón satisfacer las nobles y genui-

nas pasiones de su vida. Quizá supo hallar la satisfacción envolviendo las deficiencias de su marido en su propia superabundancia. De todas maneras, cuando él murió, ella decidió consagrar aquellos años como los años dorados; y, como ella misma expresó quizá, no había conocido los dolores y los crímenes de este mundo, debido a que había vivido con un hombre sin tacha entre los de su clase, elevada a un mundo de puro amor y belleza. El efecto de la muerte de su marido fue, pues, doblemente tremendo, porque fue una desilusión al mismo tiempo que una trágica pérdida humana. Tenía, tu abuela, por naturaleza, una mente aguda, ajena a toda insinceridad e incluso excesivamente inclinada a insistir en que todo sentimiento tiene un equivalente en la acción o, de lo contrario, carece de valor. Y ahora que ya no tenía a quien adorar, adoraba su memoria, y contemplando el mundo con clara visión, consideraba con más desdén de lo que sería justo su carácter trágico y estúpido, debido a que había vivido en un sueño, y todavía amaba aquel sueño. Dejó su religión, y llegó a ser, según he oído decir, la más positiva incrédula. Transformó aquellos instintos naturales, tan fuertes en ella, de felicidad y alegría, en una vida generosa y abundante, y solo se llevó a los labios los más amargos frutos. Visitaba a los pobres, cuidaba a los agonizantes, y se sintió al fin poseída por el verdadero secreto de la vida, que aún se oculta a unos pocos, aunque también llegarán a conocerlo, de que el dolor es nuestro sino, y que lo menos que podemos hacer es enfrentarnos a él con valentía. Todas esas cosas las habría aprendido, ciertamente, si su marido hubiese vivido, pero las habría aprendido con sabiduría y templanza, deleitándose y gozando en el ejercicio de sus otros

dones, y en el disfrute de bendiciones que sin duda no eran singulares. Pero sería fácil exagerar el significado de esta actitud, ya que gran parte de su primitivismo procedía, no de una innata dureza, sino de la mutilación que su natural desarrollo había sufrido. Lentamente, según creo, llegó a ejercitar su mente, y con tristeza llegó a decidir que gran parte del interés del mundo debía proceder en el futuro de la satisfacción de su intelecto. Trataba a muchas personas inteligentes y leía, con el deseo de reafirmar su triste fe, las obras de incrédulos que escribían Dios sin D mayúscula. De manera especial, había leído algunos de los primeros artículos de tu abuelo, que le gustaron más que el autor.

El destino, que algunos creen ordena a su antojo las vidas humanas, decidió que tu abuelo, juntamente con su primera esposa, viviera en la misma calle en que vivía tu abuela, y decretó además que Minny muriera allí, y que por ello tu abuela fuera impulsada a entrar en relación con su sabio y formidable amigo, en circunstancias que ella más que nadie consideraba conmovedoras. ¿Acaso otra serie de circunstancias habría podido dar lugar al milagro? Porque encontró a un ser con tantas razones como ella para creer en el dolor de la vida y que tenía todos los incentivos para adoptar su estoica filosofía; este ser también era de la raza de los gigantes, y no un amante superficial, ni un optimista a la ligera. Tu abuela podía ir cogida de la mano con él por las sombras del valle. Pero, de pronto, su compañero se convirtió en su guía, indicó una dirección, la exhortó a seguirla, a tener esperanza, a luchar una vez más. Ella no podía prescindir tan pronto de cuanto se había convertido casi en un hábito de sufrimiento, a pesar de que la razón de tu abuelo era la más fuerte, su

necesidad la más grande. Por fin, con dolor y remordimiento, valerosa como era, más auténticamente valerosa quizá que su marido, se impuso enfrentarse a la verdad y caer en la cuenta con todas sus consecuencias de que hay que soportar la alegría al igual que el dolor. Tu abuela se elevó a esas alturas, abiertos los ojos y noblemente liberada de ilusiones y sentimientos, su segundo amor resplandeciendo con la pureza de la luz de las estrellas; las rosadas neblinas de su primera pasión habían quedado disipadas para siempre. Y es de destacar que nunca habló de su primer amor; y al atesorarlo así quizá lo transformó en algo mucho más hermoso de lo que hubiera podido ser en el caso de que la vida hubiese permitido su continuación. El segundo matrimonio fue la verdadera, aunque tardía, realización de cuanto ella podía ser; y, con la salvedad de que fue más bien tardía, más bien concurrida y más bien dominada por el ansia, no hubo unión con más verdadera equidad, ni más incesantemente valerosa. ¡Grandes palabras tal vez para dedicarles quince años!, con todas las oportunidades que daban para la mezquindad, el fracaso, la tolerancia de la mediocridad. Pero, a pesar de que hubo ciertos asuntos que ahora, a nuestro parecer, fueron decididos por ella gracias a un excesivo espíritu conciliador, y que él decidió sin la debida consideración a la justicia o la magnanimidad, no por ello deja de ser cierto, tanto a juzgar por las obras de ambos como por ellos mismos, que fue una vida triunfante, enaminada siempre a objetivos elevados.

Estas circunstancias contribuyeron a la formación del carácter de tu abuela; y cuando nosotros, sus hijos, la conocimos, era el ser humano más activo, práctico y vital que quepa imaginar.

Parecía que hubiera adoptado una decisión definitiva con respecto a ciertos grandes temas y que, después de hacerlo, nunca se hubiera tomado la molestia de volver a pensar en sí misma, pero todos sus hechos y palabras llevaban el esplendente, inexorable y diligente sello de algo que era evidentemente resultado de la gran experiencia atesorada. Cuatro hijos tuvo, y había ya otros cuatro, mayores, exigiendo sus cuidados;⁸ nos enseñó, fue compañera de ellos, y tranquilizó, alegró, inspiró, cuidó y decepcionó a vuestro abuelo; y cuantos a ella acudían para pedir ayuda siempre la encontraron erguida en su lugar, con tiempo que darles, la más sincera consideración y la más práctica comprensión. Realmente, sus relaciones con las personas fueron, durante toda su vida, extraordinarias; y, después de su segundo matrimonio, esa decisión de la que estoy hablando parecía inducirla a entregarse al servicio del prójimo más libremente que en cualquier tiempo pasado. Y, como sea que esta expresión tiene una reputación un tanto dudosa, y puede llevarte a imaginar a una mujer diferente de la que realmente fue, debo decir que su comportamiento en ese aspecto fue singular, y en modo alguno esa comedia de malévolas filantropías que otras mujeres representan con tanta complacencia y a menudo con tan desastrosos resultados.

Su visión del mundo había llegado a ser muy amplia; parecía contemplar, como un hado lleno de sabiduría, el nacimiento, crecimiento, florecimiento y muerte de innumerables vidas a su alrededor, con una constante conciencia del misterio que las rodeaba, no tan escéptica como en otros tiempos, y con una idea perfectamente definida de la ayuda que era posible y útil. Sus dotes intelectuales fueron siempre aquellas que encuentran su

mejor expresión en la acción; tenía una visión profunda de gran claridad, buen juicio, humor y la capacidad de captar muy rápidamente la verdadera naturaleza de las circunstancias de alguien, de manera que conseguía que los problemas, fueren los que fuesen, quedaran enmarcados en sus verdaderas proporciones. A veces, llevada por su natural impetuosidad, solventaba las dificultades sin darles importancia, como una soberana emperatriz. Pero lo más frecuente, a mi parecer, era que sus servicios, cuando no eran de naturaleza puramente práctica, consistían sencillamente en ayudar a la gente con la luz de su entendimiento y experiencia, a ver lo que realmente querían o sentían. Pero es posible que toda mujer sensible tenga estas cualidades, sin ser ninguna de las cosas que era tu abuela. Todos sus dones tenían en su naturaleza un matiz rápido, decisivo, incluso ingenioso, por lo que no se podía hablar de aburrimiento o pesadez en lo tocante a su quehacer cotidiano, por lúgubre que en sí mismo pareciera. Era sensible por temperamento y la estupidez la impacientaba, y mientras estuvo en este mundo, la interminable e incongruente procesión que es la vida de una familia numerosa, se desarrolló alegremente, muy a menudo con incidentes de exquisito humor, o cierto matiz grotesco e impresionante en su forma de presentarse, perpetuamente iluminado por su entusiasta atención, por su pasmosa conciencia de la vida que contienen las situaciones más insignificantes o triviales. Inmediatamente, imprimía carácter en la gente; y en St. Ives, o los domingos por la tarde en Hyde Park Gate, la escena era a menudo digna de un escenario; actuando audazmente sobre la base de sus conceptos, conseguía sacar del viejo general Beadle, o de C. B. Clarke o

de Jack Hills, o de Sidney Lee, unas chispas de carácter de las que nunca habían dado muestras a nadie. Todas las vidas, en cuanto se cruzaban con ella, parecían adquirir forma y mientras ella estaba presente todos los actos parecían tener suma importancia. Pero no era un espectador estético que recibía impresiones para su diversión.⁹

La vida le había enseñado que los hechos, tal como ella los interpretaba, eran en sí mismos de suprema importancia; era para ella cuestión de trascendencia ansiosa el que Lisa Stillman tuviera simpatía por su cuñado, o que un obrero herido en accidente encontrara un empleo en el que no corriera peligro. Contemplaba con maravillosa vitalidad todos los cambios que se producían a su alrededor, como si constantemente oyera el tic-tac de un vasto reloj y no pudiera olvidar que algún día cesaría para todos nosotros. Personas de la más diversa condición acudían a ella cuando tenían motivos de alegría o de llanto; en realidad, quizá parecía excederse un poco en tratar a todos por igual, como amigos; pero los aburridos y los insensatos tienen también sus buenos momentos. He de reconocer que, viviendo así, a alta presión, consiguió infundir a cuanto la rodeaba un inimitable valor, a pesar de considerarlo, con toda justicia, compuesto por insensatos, payasos y espléndidas reinas, una amplia procesión en marcha hacia la muerte. Esta intensa preocupación por los hechos del momento tenía su origen, sin la menor duda, en que la naturaleza la había dotado de lo necesario para enfrentarse victoriosamente con esos asuntos, pero también se debía a que tenía el sentido innato de la futilidad de todo esfuerzo, el misterio de la vida. En su rostro se podían ver las dos cosas. «Sa-

quemos cuanto podamos de lo que tenemos, ya que nada sabemos del futuro», era la razón que la impulsaba a trabajar tan intensamente en pro de la felicidad, del comportamiento honesto, del amor; y ecos melancólicos respondían: «¿Qué importa? Quizá no haya futuro». Encerrada como estaba en esa solemne duda, sus más triviales actos tenían cierto matiz de grandeza; y su presencia era grande y austera, llevando consigo no solo vida y alegría, exquisita y fugaz feminidad, sino también la majestad propia de un ser humano noblemente formado.

Las palabras escritas por una persona muerta o viva suelen, desdichadamente, quedar envueltas en suaves pliegues que anulan todo rastro de vida. No encontrarás en lo que digo, ni tampoco en aquellas sinceras pero convencionales frases en la vida de tu abuelo, ni en las nobles lamentaciones que llenan las páginas de su autobiografía,¹⁰ la semblanza de una mujer a la que tú puedas amar. A menudo he lamentado que nadie escribiera las frases de tu abuela y los vívidos giros de su habla, pues tenía el don de emplear las palabras de manera muy personal, moviendo las manos deprisa, o levantándolas gesticulante al hablar.¹¹ Me parece estar viéndola, en pie junto a la puerta abierta de un vagón de ferrocarril en el que Stella y otros se iban a Cambridge, y trazando en una o dos frases el retrato de gente que pasaba por el andén, con lo cual consiguió que todos estuvieran riendo hasta el momento en que el tren se puso en marcha.

Cuánto daría por recordar una sola frase suya, o el tono de su voz clara y redonda, o la visión de su hermosa figura, tan erguída y precisa, y su larga y vieja capa, con la cabeza un poco ladeada, algo levantada, de manera que sus ojos miraban recto a la

cara. «Vamos, niños», solía decir inmediatamente después de su última y fantástica despedida, y uno de nosotros cogía su paraguas, y otro le cogía el brazo, y uno, naturalmente, se quedaba con la boca abierta, y ella decía con sequedad: «Deprisa, deprisa». Y echaba a andar con su paso rápido, entre la gente, y subía a un deslucido tren o un autobús, donde puede que preguntara al conductor por qué razón la empresa no le había puesto paja sobre la que apoyar los pies —«Debe tener los pies fríos»—, y escuchara lo que el conductor le decía y ella haría su comentario, y así llegábamos a casa justamente a la hora del almuerzo. «No hagáis esperar a vuestro padre.» Y durante el almuerzo en respuesta a una lánguida pregunta: «¿De manera que esos jóvenes se han ido? Bueeeeno... La verdad es que no les envidio», tenía una pequeña historia que contar, o quizá decía una frase sibilina que nosotros no sabíamos interpretar, pero que sabíamos, a juzgar por los encogimientos de hombros y por los «quizá», que hacía referencia a una de aquellas historias de amor que a los dos les gustaba comentar. La relación entre tu abuelo y mi madre era, como suele decirse, perfecta, y no lo pondría en duda siquiera por un momento, porque creo que cada uno de esos dos seres que tan duras pruebas sufrieron y cuya vida en modo alguno fue fácil, hallaba en el otro la más alta y perfecta armonía a la que su naturaleza mejor podía corresponder. Hermosos, incluso a nuestros ojos, eran sus ademanes, las miradas de la pura e inexpressable dicha con que cada cual contemplaba al otro. Pero, si me es permitido expresarlo con una metáfora, la alta consonancia, las melodiosas voces acordes de dos pájaros, solo se conseguían mediante ricas y rápidas escalas discordes e incon-

gruentes. A fin de cuentas ella tenía quince años menos que él, y la diferencia de edad quedaba resaltada por la aguda inteligencia de él, siempre viajando, como seguramente ella pensaba, en solitario por mares helados. El orgullo con que tu abuela contemplaba esa inteligencia era como el orgullo que se puede tener del alto pico de una montaña, visitado únicamente por la luz de las estrellas y la nieve; era un orgullo entusiasta, pero muy humilde.

Ella estaba encantada de encargarse de esos triviales asuntos que, como saben instintivamente las mujeres, son un tanto atentatorios a la dignidad que a ellas les gusta descubrir en los hombres inteligentes. Y tu abuela consideraba que era noble testimonio de ello el que tu abuelo hubiera llegado a ella ignorante de todas las depresiones y placeres salvo los que la alta filosofía engendraban en él. Pero tu abuela nunca rebajó su propio trabajo, considerando que, si lo llevaba a efecto debidamente, tenía tanta importancia, aunque de diferente clase, como el de su marido. Por eso, en aquellos momentos, espacios de respiro en el incesante conflicto, en que cada uno de ellos descansaba con seguridad, durante un minuto, en el abrazo del otro, ella sabía con justo pero siempre placentero orgullo que él rendía culto en ella a algo tan inaccesiblemente alto como la remota y elevada cumbre que ella reverenciaba en él. Y cada uno de ellos se apresuraba gozoso a rendir homenaje a cualidades diferentes de las propias; ¡cuán dulce, al quedar liberado de la tortura y soledad del pensamiento, reconocer inmediatamente la real presencia de una incuestionable dulzura humana!, como el navegante que durante largos días ha estado envuelto en nieblas en estériles

aguas y llega al alba a una playa iluminada por el sol, donde la naturaleza le envuelve y murmura a su oído sosiego y seguridad. También ella, que consumía los días en labores triviales y a veces vanas, exultaba como aquel a quien de pronto estrechan recios brazos, y lo sitúan por encima de todo, silencioso, en calma e inmortal. Ella fue siempre la primera en reforzar el impulso de tu abuelo hacia las tareas más remotas y menos rentables; creo que fue su apoyo lo que hizo que tu abuelo comenzara su último libro extenso, *The Utilitarians*,¹² que ningún beneficio y muy poca fama le reportaría, porque ella hizo lo preciso para que todos los problemas restantes quedaran entretanto debidamente solucionados.

Pero estos fueron los momentos culminantes de la vida y, con el paso del tiempo, la discrepancia se agudizó, y la alegría de la juventud disminuyó. La salud de tu abuelo estaba socavada, y la clase de elogios que le habrían estimulado se retrasaban injustamente, y él se quejaba. Y en esta época la actividad de tu abuela se había proyectado en lugares tan distantes, callejas de St. Ives, barrios míseros de Londres y a otros barrios más prósperos pero no por ello menos onerosos, que ya reducir gastos quedaba fuera de su alcance. Parecía que cada día le traía una nueva cosecha que tenía que recoger y que brotaba de nuevo, infaliblemente al día siguiente. Todas las noches, tu abuela se sentaba ante su escritorio, después del intenso trabajo de la tarde, y su mano se movía incesantemente, un tanto insegura en los últimos tiempos, escribiendo respuestas, consejos, bromas, advertencias, frases de comprensión, labor presidida por su sabia frente y sus ojos profundos, todavía tan bellos, pero tan fatiga-

dos, dotados de tan profunda experiencia, que difícilmente se podía decir que fueran tristes. Después de su muerte, encontré en un cajón cerrado de una mesa de St. Ives, cuidadosamente guardadas, todas las cartas recibidas por la mañana, quizá para contestarlas cuando llegara a Londres. Había una carta de una mujer cuya hija había sido engañada y pedía ayuda; una carta de George, de la tía Mary,¹³ de una enfermera que se había quedado sin trabajo, unas cuantas facturas, cartas pidiendo dinero, y una carta de muchas páginas de una chica que se había peleado con sus padres y que se veía obligada a poner su alma al descubierto ansiosa, profusamente. El sábado, tu abuela exclamaba sonriendo y suspirando a la vez: «¡Gracias a Dios, esta noche no hay correo!», e incluso tu abuelo levantaba la vista del libro, le oprimía la mano y protestaba en vano: «¡Esto debe terminar, Julia!».

Además de todas estas tareas, tu abuela se impuso la de darnos clase, y esto estableció una relación muy estrecha, aunque un tanto irritante, ya que era mujer de genio vivo, y en manera alguna propensa a ser indulgente con sus hijos. «Vuestro padre es un gran hombre.» Pero de ninguna otra manera habríamos podido llegar a saber, en el poco tiempo que para ello tuvimos, tanto acerca de su verdadera manera de ser, que nunca estuvo oscurecida por esas amables ficciones que generalmente se interponen en el abismo que media entre una mujer de mediana edad y sus hijos. Habría sido mejor, ya que se habría fatigado menos, que hubiera permitido que alguien la descargara de parte de sus trabajos. Pero era impetuosa, y también un poco imperiosa, tan consciente de su propia voluntad ardiente que apenas

podía creer que en su actuación hubiera algo más rápido y eficaz que en la de cualquier otra persona. Y hasta tal punto era así que, cuando tu abuelo estaba enfermo, jamás permitió que una enfermera le cuidara, ni tampoco creía que una institutriz pudiera enseñarnos tan bien como lo hacía ella. Además de a los asuntos económicos de la casa, que siempre eran de su incumbencia, llegó a dar una desesperada importancia al ahorro de tiempo, como si viera cómo sus deberes y deseos se amontonaban a su alrededor, mientras el tiempo para abarcarlos se le escapaba entre los dedos codiciosos tratando de atraparlo. Siempre tenía presente aquella amplia visión de las proporciones definitivas de las cosas a la que antes me he referido; me he dado cuenta de que sus palabras nunca eran triviales; pero, a medida que sus fuerzas disminuían, eran menos sus momentos de descanso; se hundía, al igual que el nadador agotado, más y más en las aguas, y solo durante unos instantes podía percibir en el horizonte una playa en la que descansar a la que llegaría en la vejez, cuando sus trabajos hubieran terminado. Pero, cuando lanzamos exclamaciones ante la extravagante pérdida de una vida así, nos mostramos propensos a perder de vista lo que constituía su entorno, el marido, los hijos y el hogar, que, si se contemplan en conjunto, rodeándola, complementándola, despojan su vida única de aquella velocidad propia de una flecha, y su trágica desaparición. Y ahora pienso que lo que más claramente se advierte en ella no es el derroche de energía y la esterilidad de su valentía, sino la belleza, nacida del buen juicio con que ponía sus esfuerzos al servicio de sus fines. Casi no había en ello nada superfluo, y esa es la razón por la que, a pesar del tiempo transcurrido, la im-

pronta que dejó en aquellos años es indeleble, como si hubieran quedado marcados por un acero puro, desnudo, cortante. Voces vivas en muchas partes del mundo todavía hablan de ella como si en realidad viviera. Poco importa que apareciera airada, alegre o con una impulsiva simpatía; hablan de ella como de un hecho que ocurrió, recordando, como si todo lo que estuviera a su alrededor hubiera adquirido importancia, la postura en que estaba, la manera en que se volvió, o con qué fuerza cantó el pájaro o que una gran nube cruzó el cielo. ¿Adónde se ha ido? Lo que dijo jamás ha dejado de existir. Murió a los cuarenta y ocho años, cuando tu madre era una niña de quince.¹⁴ Si lo que he dicho de ella tiene algún significado, te darás cuenta de que su muerte fue el mayor desastre que pudo ocurrir; fue como si en un radiante día de primavera las rápidas nubes de pronto se quedarán quietas, se oscurecieran y se amontonaran; aullara el viento, y todos los seres de la tierra gimieran y vagaran sin rumbo, buscando. Pero ¿qué imagen o variedad de imágenes puede hacer justicia a las formas que, desde entonces, tu abuela ha adoptado en incontables vidas? Los muertos, dice la gente, se olvidan, aunque quizá sería mejor decir que la vida, en su mayor parte, poco significado tiene para nosotros. Pero una y otra vez, y en más ocasiones de las que puedo recordar, de noche ya en la cama, o en la calle, o al entrar en mi aposento, allí está ella; hermosa, vital, con su familiar expresión, su conocida risa; más cerca que cualquier otro ser vivo, iluminando nuestras vidas sin rumbo como con una antorcha, infinitamente noble y deliciosa para sus hijos.